

Manuel Becerro Fernández

“Aromas del Sur”

Aromas del Sur el viento me trae,
Perfumes errantes bajan al prado,
Llegando hasta nosotros del alto valle.
Enamorados, (inocencia y ternura)
Radiante, tú, flor de hermosura.
En tardes de primavera y verano,
Nos acompaña el sol
En este caminar cogidos de la mano.
Por senderos e interminables sueños
Sin cercados, sin fronteras...
Nos viste la naturaleza con su primavera.
Reflejando en sus verdes ojos
En esa mirada, en esa mujer de mis anhelos,
De voz adormecida, de deseados labios,
Espacio, entre embriagados senderos
Ahogados por esos besos nuestros.
A pesar de los pesares, estos labios que te besan,
Estos labios que están vivos un día morirán juntos.
¡Estas fuentes de amor que alumbran
los senderos recorridos!
Esos afluentes de arroyos que manan,
Entre caminos que descienden a ríos,
Haciendo ecos que entre montañas mueren.
Frondosos abedules, olmos plateados,
Cortan el viento entre sus sombras móviles,
Marcan las sendas, este caminar, este deambular juntos.
La tarde declinaba, el sol descendía
Peinando tus cabellos sobre rojo trival,
Esta era que se quema, entre trigales de fuego.

Nuestro amor perdurará a nuestros cuerpos
Aunque el tiempo haya muerto
Y del polvo solo sea cenizas... recuerdos.

“Último aliento”

Sobre la tarde densa y gris,
Escondida entre la bruma,
Un soplo quebró mis sueños.
Mis latidos se ahogan
Entre pecho y carne.
Tembloroso, lento, cansado,
En la agonía de este cuerpo
Que esboza su color,
Sobre esta piel que rodea su palidez.
Ya he perdido el aliento entre mis manos,
Y mi voz se pierde sobre un aire cálido,
Muriendo en esa noche de luna, desnuda,
Confuso el ocaso, incierto espera,
A la muerte adormecida, sin horas.
Truncando la vida, corta y appena iniciada,
Sobre laureles del pasado bendecida,
Yacen los recuerdos, a la sombra oscura
De unos cipreses, ahogando el campo santo
En este helor de tumbas de mármol.
La brisa barre las flores caídas de antaño,
Aúlla la noche con eco roto.
Callando con estupor, en el oscuro llanto
De su penumbra quieta, e inmóvil.
Las almas yacentes se hunden en su soledad,
Y en este olor de coronas, marchitas,
Que duermen en el silencio del cementerio.
Quedando ese cuerpo eternizado en el olvido,

En un duelo pasado, de acabadas lágrimas,
Y que espera su alma entre frías tinieblas,
Bajo piedras la tumba que ostenta
Un busto esculpido.

“Alma Marchita”

Ya no espero encontrar
Esa mirada en sus ojos,
Ese iris de perfumada inocencia,
Ese aroma, ese hálito que hierve,
Esa escondida esencia que nubla mi memoria.

Hoy recuerdo,
Esos labios que un día
Se acercaron a los míos,
Cuando mi alma y la suya era una.

Esos primeros besos húmedos, furtivos, eternos,
Labios ondulados de rostro misterioso,
De voz quebrada que en mi dormitan,
En mi mente, en mis silencios íntimos.

Hoy esa rosa de pétalos deshechos
Desnuda de sus ramas se corona de espinas.

Hoy esos besos rotos se fueron de los míos,
Dejando pasar el tiempo en la noche,
Que es reducto del paso de la niebla ciega
Tiñendo con sus labios muertos
En mi tristeza y mi soledad.

Esa imagen que queda,
Ya no es la sombra de la mujer que amé.

¡Cuanta juventud, cuanto tiempo desperdiciado,
hoy, convertido en un suspiro de nostalgia!
Ya sin vida, sin caricias, sin pasión,
Que huyendo de mi cuerpo,
Marchitadas la ternura y el amor,
Todo es vacío, negrura y muerte.

“Ojos de Niñez”

No estoy solo ante mi niñez,
Algo más fuerte ha invadido mi alma,
Mi ser cautivado quedó, de amor y miel,
Envolviéndome sobre alas de un cielo azul.

Ha pasado el tiempo de ser amigos de la infancia,
Al primer amor, tierno y querido,
Cruzándome por su camino,
Hasta que sus ojos, se fijaron en los míos.

Esas miradas que nos llaman sin palabras,
En esta ansia nuestra por conocemos,
Vi a la niña, aquella que un día sería mujer.
Lo mejor de mi es haber nacido para amarla.

Con la prisa de atraerla hacia mi pecho
Nos veíamos a veces en apuros,
En esta sed de intenso flujo,
Mis labios conocieron los suyos.

Siendo yo un náufrago en su cuerpo,
Quise nadar en el largo viaje del amor,
¡Despertaste sedienta tú en mujer!
Y yo, mi alma, mi cuerpo, en madurez.

Este ardor nuestro que te hará gozar... vivir sentir
Cuando en la estancia entre sedas duermes,
Receloso de miradas y de ojos furtivos,
En este apasionado amor yo siempre seré,
Esclavo de mi destino y el tuyo.

“Llantos”

Tan solo la muerte apaga los llantos,
otras orillas muestran el más allá,
surcando entre la tierra y el Olimpo.
Transito entre la vida y el sueño silencioso,
sobre una espera que se hace eterna
las almas guardan sus secretos, sus misterios,
esperando una luz de cortadas alas.
Un llanto desnudo despierta enmohecido
recordando otros profundos sentidos
que sobre un cuerpo cálido acariciaba,
esbozando una sonrisa misteriosa y desnuda
amamantando torpe la sed del alma,
que nacía entre llantos y balbuceos.
Sutil esencia de sed, su corazón sobre su pecho llora.
Sosegados estos llantos de juventud
que estampa sobre el lienzo el tiempo, la vida,
marcando las ilusiones de una venidera esperada.
Silencios deseos vespertinos,
forjados en caminar de amante.
Sus sombras reflejaban gemidos
que escapaban entre el paso de los días
quedando dormido entre sueños el amor.
Este corazón ya herido, mudo entre llantos,
entre lágrimas y obligados a los recuerdos,
expuesto al olvido de los años sin saberlo,
aunque el cuerpo se plegue como hoja de otoño,

sobre el frío aliento en la noche oculta.
Entumeciendo la magia de la vida.
Las horas que se duermen
para que el alma vuelva al umbral
mudo en espera otro llanto.

“Sombras en la memoria”

Es triste que en la vida los años pasen callados
¿Dónde fueron las ilusiones primeras que soñé yo,>
Que esa vida trae de mi niñez a la memoria,
que el tiempo prisionero, mis recuerdos hizo suyo.
Quiero retener el ayer sobre es día vigente,
que enclaustrado, en el silencio, hoy abandone el pasado,
¡hay! fuente de juventud, de la cual tenía la esencia,
que añorados días idos, hoy vuelvo solo.
¡Hay! de aquellos días de alegrías y cantos
en aquel hogar donde duerme quieta, muda la memoria.
Resistiendo por encima al trafogo del mundo,
Sobre esa vieja casa de jardines y flores sombrías.
Remembranza del ayer que en su fachada hacía alarde,
atrás quedaron voces, penas y el eco de sueños, de mil risas,
sintiendo el trasiego en la cocina, entre cazuelas, platos de madre,
y sobre el desván mis juegos entre recuerdos, el polvo descansa.
Descansaba el abuelo en su mecedora, soñaba entre sueños,
quizás con mil batallas de glorias y aventuras pasadas,
se mecía sobre el porche con su vieja pipa apagada sobre los labios.
¡Hoy! esa mecedora apolillada su madera yace quebrada.
Allí duerme tras la encina en letargo, la vieja casa de mis recuerdos.
Sueños dorados que perduran, sin morir su sensación profunda.
Todo pasa, mas todo queda, la vida es volver al camino,
aunque al caminar uno muera en el olvido. La muerte no es condena.

“Cansado del tiempo”

Entre sombras, el luto funesto guardaba callado,
de ese cuerpo inmóvil, ese cuerpo que huele a cera.
Pasaron los años entre amistades y recuerdos,
que el tiempo dejó en el desván olvidado.
Yace ahora en las cenizas de aquel fuego extinguido, acabado.
¡Ay de ese fértil ser que en sus días fue florido y amado!
Hoy sobre este cuerpo enmudecido los placeres quedaron rotos
¡OH dioses de que entre dos, las danzas y los sueños se bailaron!
Roto esos lazos, esos amores que entre melodías se cruzaron,
¡Ay! muerte que te llevas las almas por abismos de la nada.
Sin ganas de vivir nu ser te acompaña tras tu manto teñido de noche.
¡Ay! quien pudiese diferenciar esa noche la sombra sumida en día.
Sobre este deambular a ciegas, en la otra orilla, donde ella espera escondida,
hoy sólo los recuerdos alegres o tristes son los que perduran ¡olvidos!
que enterrados huyeron de sus pensamientos y su vida.
Sobre este viejo caserón que hastiado por los años guarda
las lágrimas y penas de un luto que el silencio aspira.
Iluminado por tantas horas de frescas mañanas de primaveras
el verde quedó quieto en el tiempo, sin ti, compañera y amada.
¡Hoy! estas estancias guardan el silencio de este cuerpo cansado,
rodeado de esas amistades de fingidos llantos,
queriendo que el último día lo acompañen, no le valen,
destronando a esos amigos de fingidos llantos.
¡Brindad! amigos brindad por mí, en vuestros corazones aún vivos
porque viven los que pueden y no los que quieren.
Hoy estáis aquí frente a este cuerpo de ojos dormidos
para que mis recuerdos en los vuestros no queden en el olvido.
Anclado en esa noche gris mi alma se funde con la aurora, cautivo
menguando el crepúsculo descende como un velo amanecido,
reclama mi ser la materia, la luz, la vida, la compañera.

“Muerto de amor”

Quisiera ser ese niño apasionado vida
con el cual tú soñabas desesperada,
hambriento de ilusiones que te devora,
dormida la inocencia de mi cordura.
Confundidos nos ahogamos en el tiempo,
mientras tus ojos se posan en mi mirada preso
tus labios fríos y egoístas se exilian de los míos,
entre líneas dicen palabras fingidas, que oigo.
Esta luz que se apagó sobre latidos del pasado,
presa de " alma busco los recuerdos vividos
que el tiempo transformó el amor, hoy muerto,
dejando aparcado, dormida mi calma y tu voz.
Algo longevo que quedo marchito y callado,
quizás la culpa haberte querido, después de amado,
o quizás los celos han atrofiado nuestro pasado,
tú buscabas respuestas yo busco demasiado.
Un camino transitado, perdido o añorado.
Un camino cubierto en sombras de otros pasos
quizás un cruce de caminos sin sentidos
que en sus días florecieron verdades entre labios.
Cuantas caricias heridas de flores y piedras,
iniciadas entre sueños de una estación de primavera
estrenado el aire su perfume el amor que amaneciera,
desde ese mismo instante esta vida condena.
Este fuego que calcina el paso en mi vejez
busco en ti algún consuelo amargamente
sin hallar el amor, la soledad atraviesa mi piel,
ya confuso y herido no aprendí del amor, ni de la muerte.